Afuera

Brian W. Aldiss

Nunca salían de la casa.

El hombre que respondía al nombre de Harley era quien solía levantarse primero. A veces daba un paseo por la casa sin quitarse el pijama... la temperatura era constante y suave día tras día. Luego despertaba a Calvin, aquel individuo corpulento y apuesto que parecía como si poseyese una docena de talentos distintos y nunca quisiese emplearlos. Le bastaba con su presencia para satisfacer la necesidad de compañía que sentía Harley.

Dapple, la muchacha de acerados ojos grises y negros cabellos, tenía el sueño muy ligero. Las voces de los dos hombres al conversar la despertaban. Entonces se levantaba e iba a llamar a May; ambas bajaban juntas al piso inferior y preparaban el desayuno. Mientras ellas se entregaban a esta ocupación, las otras dos personas que habitaban en la casa, Jagger y Pief, comenzaban a levantarse.

Así es como empezaban todos los «días»: no con los primeros lustres del alba, sino simplemente cuando los seis despertaban. A pesar que no hacían ejercicio durante el día, cuando se acostaban por la noche su sueño era profundo y regular.

El único acontecimiento del día que provocaba cierta excitación entre ellos era la apertura del almacén. El almacén era un cuartito situado entre la cocina y la estancia azul. En la pared más lejana había un ancho estante, del cual dependía la vida de todos ellos.

En él aparecían todos los suministros, llegados de no se sabía dónde. Lo último que hacían antes de acostarse era cerrar con llave la puerta de aquella desnuda estancia y cuando por la mañana regresaban a ella, encontraban, esperándolos sobre el estante, todos los artículos necesarios para su manutención: comida, ropa blanca, una nueva lavadora. Esto era una característica más de su existencia, normal y aceptada por todos, y que no provocaba jamás entre ellos el menor comentario.

Aquella mañana, Dapple y May ya tenían el desayuno preparado antes que hubieran bajado los cuatro hombres. Dapple incluso había tenido que ir a llamarlos al pie de la amplia escalera antes que Pief hiciese su aparición; por lo tanto, hubo que aplazar la apertura del almacén hasta después de desayunar, porque si bien aquella operación no podía considerarse en modo alguno como una ceremonia, las dos mujeres se ponían nerviosas si tenían que ir solas. Era una de esas cosas que...

—Espero que hayan puesto tabaco —dijo Harley, mientras abría la puerta—. Se me está acabando.

Se acercaron al estante y lo miraron. Estaba vacío.

—No hay comida —observó May, con los brazos en jarras—. Hoy tendremos que acortar la ración.

No era la primera vez que aquello ocurría. En una ocasión —no sabían cuánto tiempo hacía, pues no contaban ni los días ni las horas— no apareció comida

durante tres días consecutivos. Cada vez que fueron allí, el estante estaba vacío. Aceptaron la escasez resultante con filosofía.

—Antes de morirnos de hambre, May, te comeremos —dijo Pief y todos rieron brevemente para celebrar la broma, aunque Pief ya se la había gastado también la última vez. Pief era un hombrecito discreto, de esos que pasan inadvertidos entre la multitud. Su más preciada posesión consistía en aquellas inocentes bromas.

Sólo había dos paquetes en el estante. Uno era el tabaco de Harley y el otro un juego de naipes. Harley se embolsilló el primero con un gruñido, y abriendo el envase de los naipes desplegó éstos ante los ojos de sus compañeros.

—¿Echamos una partida? —les preguntó.

—Sí, de póker —dijo Jagger.

—No, canasta.

—Siete y medio.

—Jugaremos después —dijo Calvin—. Nos servirá para matar el tiempo por la noche.

Los naipes serían un reto para todos ellos, pues los obligarían a sentarse en torno a una mesa, mirándose cara a cara.

No había nada que los separase, pero tampoco parecía existir una fuerza que los uniese, una vez terminada la baladí operación de abrir el almacén. Jagger limpiaba el vestíbulo con el aspirador de polvo. Pasó frente a la puerta de entrada, que nunca se abría, y remolcó el aparato por las escaleras para limpiar los descansillos superiores. En realidad, la casa no estaba sucia, pero era costumbre limpiarla por la mañana. Las mujeres, sentadas en compañía de Pief, discutían deshilvanadamente la manera de distribuir las raciones, pero después de este intercambio se separaron como si de repente entre ellas hubiera cesado toda comunicabilidad. Calvin y Harley ya habían tomado por rumbos opuestos.

Vivían en una casa de errática disposición. Las pocas ventanas que había nunca se abrían, eran irrompibles y no admitían la luz. La casa estaba sumida en tinieblas; las habitaciones sólo se iluminaban cuando alguien entraba en ellas... y la luz procedía de una fuente invisible. Sólo así se disipaban las tinieblas que envolvían la casa. Las habitaciones estaban amuebladas, pero con muebles incongruentes que apenas tenían relación entre sí, como si la habitación que los contenía careciera de todo sentido. Las casas habitadas por personas huérfanas de ambiciones o propósitos en la vida emanan ese aire.

No se podía discernir ningún plan en el primero o segundo piso o en el largo y vacío desván. Sólo la familiaridad y la costumbre permitían dominar aquel dédalo de piezas y corredores. Y ellos disponían de mucho tiempo para familiarizarse con su laberíntica morada.

Harvey paseó largo rato con las manos en los bolsillos. En un sitio se encontró con Dapple. La joven estaba inclinada graciosamente sobre un cuaderno de dibujo, copiando con mano de aficionado un cuadro que pendía de una de las paredes... y que representaba la misma estancia en que ella se encontraba. Cambiaron algunas palabras y Harley continuó su paseo.

Algo se agazapaba en un rincón de su mente, como una araña en un ángulo de su tela. Ingresó en lo que ellos denominaban la sala del piano y entonces

comprendió qué era lo que le preocupaba. Casi furtivamente miró a su alrededor cuando las tinieblas retrocedieron y luego contempló el gran piano de cola. Algunos extraños objetos habían aparecido de cuando en cuando sobre el estante para ser distribuidos por toda la casa; uno de ellos podía verse encima del piano.

Era un modelo de aspecto macizo y de medio metro de alto, achaparrado, casi redondo, de aguda punta y cuatro aletas en arbotante, sobre las que descansaba. Harley sabía lo que era. Era una nave de enlace entre el espacio y la Tierra y viceversa; un modelo de las pesadas naves que ascendían hasta las astronaves propiamente dichas.

Aquello le produjo más desconcierto que la aparición del propio piano en el almacén. Sin apartar sus ojos del modelo, Harley tomó asiento en el taburete del piano y permaneció con el cuerpo en tensión, tratando de arrancar algo desde el fondo de su mente... Algo relacionado con astronaves.

Fuera lo que fuese, era algo desagradable que lo esquivaba cuando él ya creía tenerle el dedo encima. Lo rehuía constantemente. Si pudiese comentarlo con alguien tal vez conseguiría sacarlo de su escondrijo. Desagradable y amenazador, pero con una promesa entreverada en la amenaza.

Si pudiese alcanzarlo y mirarlo cara a cara, podría hacer... algo determinado. Y hasta que no lo hubiese enfrentado, ni siquiera podría decir qué era aquella cosa determinada que quería hacer.

Oyó pisadas a sus espaldas. Sin volverse, Harley levantó con destreza la tapa del teclado e hizo correr un dedo por las teclas. Sólo entonces se volvió para mirar con indiferencia sobre el hombro. Era Calvin, con las manos en los bolsillos y el ánimo despejado, irradiando seguridad en sí mismo.

—He visto luz aquí —dijo con desparpajo— y se me ocurrió entrar, ya que me hallaba de pasada.

—Pues a mí se me ocurrió tocar un poco el piano —respondió Harley, sonriendo.

No se podía hablar de aquello ni siquiera con un amigo como Calvin, porque lo prohibían las circunstancias, las cosas; porque era menester observar una conducta serena, normal. Esto, al menos, era claro y seguro, y le servía de consuelo: portarse como un ser humano normal, como un hombre moliente y corriente...

Tranquilizado, sus dedos arrancaron armoniosas notas al teclado. Tocaba bien. Todos ellos tocaban bien: Dapple, May, Pief... Después de montar el piano, todos se pusieron a tocarlo, y a tocarlo bien. ¿Era aquello... natural? Harley miró de soslayo a Calvin. Éste recargaba su robusta humanidad contra el instrumento, vuelto de espaldas a él, libre por completo de cuidados. Su rostro únicamente mostraba una expresión de gentil afabilidad. Todos ellos eran afables y jamás se peleaban.

Cuando los seis se reunieron ante su frugal almuerzo, su conversación fue trivial y alegre. Luego vino la tarde, muy parecida a la mañana, a todas las mañanas: segura, cómoda, sin propósito definido. Sólo a Harley aquella tarde le pareció ligeramente desenfocada, pues poseía ya una clave con que abordar el problema. No era más que un indicio, pero en la absoluta calma de sus días adquiriría bastante relieve.

Fue May quien le dio aquella pista. Cuando ella se sirvió jalea, Jagger la acusó, riendo, de tomar más de lo que le correspondía. Dapple, que siempre defendía a

May, dijo:

—Ha tomado menos que tú, Jagger.

—No —le enmendó May—. Creo que sí, que he tomado más que nadie. Pero lo he hecho por un motivo particular.

Aquello era una suerte de retruécano muy en boga entre ellos. Pero Harley se puso a rumiar su significado, paseándose de allá para acá por una de las silenciosas habitaciones. Particulares, ulteriores motivos... ¿Sentían sus compañeros la misma desazón que él? ¿Tenían un motivo para ocultar aquella desazón? Y otra interrogante: *¿dónde estaban?*

Se desembarazó de aquella cuestión con brusquedad.

Había que ir por partes, tanteando con suavidad el camino que llevaba al abismo. Tenía que clasificar los conocimientos que poseía.

Primero: la Tierra llevaba poco a poco las de perder en una guerra fría con Nititia.

Segundo: los nititianos poseían la alarmante facultad de poder asumir la misma apariencia de sus enemigos.

Tercero: gracias a ello se podían infiltrar en la sociedad humana.

Cuarto: la Tierra era incapaz de atisbar por dentro a la civilización nititiana.

Por dentro... Una oleada de claustrofobia se abatió sobre Harley cuando comprendió que estos hechos cardinales no tenían ninguna relación con aquel microcosmo habitado por él. Procedían, por medios que le eran desconocidos, del exterior: esa vasta abstracción que ninguno de ellos había visto en su vida. Tenía la imagen mental de un vacío estrellado en el que los hombres y monstruos flotaban o se acometían, pero se apresuró a borrarla. Tales ideas no estaban de acuerdo con la reposada conducta de sus compañeros. ¿Pensaban ellos en el exterior, en cómo sería *afuera*, a pesar que nunca lo mencionasen?

Harley se paseaba inquieto por la estancia y el parquet hacía resonar la indecisión de sus pasos. Se hallaba en la sala de billares. Empujando las bolas sobre el paño con un dedo, las hizo rodar, sintiéndose todo el tiempo preso de conflictivas intenciones. Las rojas esferas se tocaron y se separaron. Así era como funcionaban las dos mitades de su mente. Eran irreconciliables: por un lado debía permanecer allí y conformarse; por otro lado, no debía permanecer allí (al no recordar un tiempo en que no hubiese estado allí, Harley sólo podía formular la segunda idea hasta aquel punto y no más). Otra cosa que le causaba dolor era el hecho que el «aquí» y el «no aquí» no pareciesen ser las dos mitades de un todo homogéneo, sino dos disonancias.

La bola de billar corrió lentamente hasta caer en un orificio. Entonces él se decidió. Aquella noche no dormiría en su habitación.

Vinieron desde distintos puntos de la casa para tomar juntos unas copas antes de acostarse. Por tácita anuencia, se aplazó la partida de cartas para otro momento. Tenían tiempo de sobra para todo.

Hablaron de las naderías que habían ocurrido durante el día, del modelo de una de las habitaciones que Calvin construía y May amueblaba, de la luz defectuosa del corredor del piso alto, que tardaba demasiado en encenderse. Se sentían

intimidados. De nuevo era hora de dormir y nadie sabía que sueños vendrían a ellos. Pero dormirían. Harley sabía —se preguntó si los demás también lo sabían— que con la oscuridad que descendía cuando se metían en la cama, vendría la orden insoslayable de dormir.

Se mantenía alerta y en tensión junto a la puerta de su dormitorio, dándose perfecta cuenta de lo irregular de su conducta. Sentía dolorosos latidos en su cabeza y se llevó una mano helada a la sien. Oyó cómo los demás se iban a sus respectivas habitaciones. Pief lo llamó para darle las buenas noches; Harley le contestó. Luego reinó el silencio.

¡Había llegado el momento!

Cuando salió con nerviosismo al corredor, la luz se encendió.

Sí, aquella luz tardaba en encenderse... Parecía que lo hiciese a regañadientes. Su corazón latía tumultuosamente. Ya no podía volverse atrás. No sabía lo que iba a hacer ni lo que iba a pasar, pero ya no podía volverse atrás. Había conseguido sobreponerse al sueño. Ahora tenía que ocultarse y esperar.

No es fácil ocultarse cuando una señal luminosa lo sigue a uno por todas partes. Pero al ingresar por un pasillo que conducía a un cuarto que nadie utilizaba, abriendo apenas la puerta y agazapándose en el umbral, Harley consiguió que la luz defectuosa se apagase para que la oscuridad reinase allí.

No se sentía contento ni cómodo. Su cerebro bullía en un conflicto que él apenas entendía. Lo alarmaba pensar que había faltado a las reglas y lo asustaban las tinieblas llenas de crujidos que lo rodeaban. Pero no estuvo por mucho tiempo con el ánimo en vilo.

La luz del corredor volvió a encenderse. Jagger había salido de su dormitorio sin tomar ninguna precaución para no hacer ruido. La puerta se cerró con estrépito detrás suyo. Harley pudo atisbar su cara antes que diese media vuelta y se dirigiese a la escalera; se veía reservado pero sereno... como un hombre que sale del trabajo. Bajó la escalera con paso rápido y alegre.

Jagger debía estar durmiendo, en su cama. Se había transgredido una ley de la naturaleza.

Sin vacilar, Harley lo siguió. Había estado preparado para que algo sucediera, y algo sucedió en verdad, pero sentía escalofríos de temor. Se le ocurrió la loca idea que podría desintegrarse de miedo. De todos modos, se obligó a bajar las escaleras, pisando sin ruido la tupida alfombra.

Jagger había doblado un ángulo. Iba silbando tranquilamente. Harley lo oyó descorrer el cerrojo de una puerta. Debía de ser la del almacén... las demás puertas no tenían cerrojo. Jagger dejó de silbar.

En efecto, el almacén estaba abierto. De su interior no venía el menor ruido. Cautelosamente, Harley se asomó al interior. La pared opuesta se había abierto, girando sobre un pivote central, para revelar un pasadizo al otro lado. Durante varios minutos Harley se sintió incapaz de moverse, contemplando como hipnotizado la abertura.

Finalmente entró en el almacén, sintiendo que se ahogaba. Jagger había salido... por allí. Harley hizo otro tanto. Aquello iba hacia un lugar desconocido, a un lugar de cuya existencia él no tenía ni la más remota idea. A un lugar que no era la casa...

El pasadizo era corto y tenía dos puertas. La del otro extremo parecía la puerta de una jaula (Harley fue incapaz de reconocer que se trataba de un ascensor). A un lado había una portezuela estrecha, provista de una ventanilla.

La ventanilla era transparente. Harley miró por ella y luego retrocedió, notando que le faltaba la respiración. Sintió vértigo y se le formó un nudo en la garganta.

Afuera brillaban las estrellas.

Con un esfuerzo, consiguió dominarse y regresar al primer piso, apoyándose en la barandilla. Todos ellos habían estado viviendo bajo una terrible equivocación...

Irrumpió en la habitación de Calvin y la luz se encendió. En el aire flotaba un débil y dulce aroma y Calvin yacía tendido sobre su amplia espalda, dormido profundamente.

—¡Calvin! ¡Despierta! —le gritó Harley.

El durmiente no se movió. Harley tuvo conciencia, de pronto, de su propia soledad y de la espectral presencia de la gran mansión que le rodeaba. Inclinándose sobre el lecho, zarandeó violentamente a Calvin y le dio palmadas en el rostro.

Calvin lanzó un gruñido y abrió un ojo.

—¡Despiértate, hombre! —le apremió Harley—. Aquí pasa algo terrible.

Calvin se incorporó sobre un codo. Al contagiársele el temor del otro, se despabiló completamente.

—Jagger *ha salido de la casa* —le dijo Harley—. La casa tiene una salida. Tenemos... que descubrir qué somos.

Su voz adquirió un timbre histérico y volvió a zarandear a Calvin:

—Tenemos que averiguar qué pasa aquí. ¡O somos víctimas de un espantoso experimento! ¡O todos nosotros somos monstruos!

Pero mientras hablaba, ante sus propios ojos atónitos, entre sus propias manos, Calvin comenzó a arrugarse, encogerse y hacerse borroso, mientras sus ojos se juntaban y su hercúleo torso se contraía. Algo distinto... algo vivo y animado se formaba en su lugar.

Harley sólo dejó de gritar cuando, después de bajar las escaleras de cuatro en cuatro escalones, la vista de las estrellas a través de la ventanilla consiguió calmarlo. Tenía que salir afuera, fuese lo que fuese aquel *afuera*.

Y entonces se decidió.

Abrió la portezuela y salió al fresco aire nocturno.

Los ojos de Harley no estaban acostumbrados a juzgar las distancias. Necesitó algún tiempo para comprender que en la distancia se recortaban unas montañas sobre el cielo estrellado y que él estaba de pie sobre una plataforma erigida a tres metros y medio sobre el suelo. A cierta distancia brillaban unas luces, formando rectángulos iluminados sobre una extensión cubierta de asfalto.

Había una escalerilla de acero al borde de la plataforma. Mordiéndose los labios, Harley se aproximó a ella y descendió torpemente. El frío y el miedo lo hacían temblar con violencia. Cuando sus pies tocaron terreno sólido, echó a correr. Miró una sola vez hacia atrás y vio la casa saliendo de la plataforma como una rana inmóvil sobre una ratonera.

Entonces se detuvo de pronto, en la oscuridad casi total. El horror y la aversión lo dominaron, provocándole náuseas. Las estrellas que tildaban en lo alto y las pálidas crestas de las montañas comenzaron a girar y él apretó los puños para no desvanecerse. Aquella casa, fuese lo que fuese, representaba todo el frío de su espíritu. Harley se dijo: «Sea lo que sea lo que me han hecho, me han engañado. Alguien me ha desprovisto tan completamente de algo que ni siquiera sé lo que es. He sido engañado, burlado...».

Y sintió que se ahogaba al pensar en los años que le habían robado. Nada de pensar; el pensamiento desgastaba los nervios y corría como un ácido por el cerebro. ¡Únicamente acción! Los músculos de sus piernas se pusieron nuevamente en movimiento.

Ante él se alzaron unos edificios. Corrió hacia la luz más próxima e irrumpió en la primera puerta. Entonces se detuvo en seco, jadeando y parpadeando bajo aquella luz cegadora.

Las paredes de aquella habitación estaban recubiertas de gráficos y mapas. En el centro de la pieza había una mesa de grandes proporciones provista de pantalla televisora y altavoz. Era una habitación de aspecto oficinesco, con ceniceros abarrotados de colillas. Reinaba en ella un desaseo ordenado. Un hombre enjuto estaba sentado muy alerta ante la mesa; su boca era de finos labios.

Otros cuatro hombres estaban también en la habitación. Todos ellos iban armados y ninguno mostró sorpresa al verlo. El hombre sentado ante la mesa vestía un traje impecable; los demás iban de uniforme.

Harley se apoyó en el umbral, sollozando. No encontraba palabras.

—Has tardado cuatro años en salir de ahí —le dijo el hombre enjuto.

Su voz era aguda.

—Acércate y mira esto —le dijo, indicándole la pantalla que tenía delante.

Haciendo un esfuerzo, Harley obedeció; sus piernas se movían como desvencijadas muletas.

En la pantalla, claro y real, se veía el dormitorio de Calvin. La pared del fondo se abrió y por ella dos hombres uniformados se llevaron a rastras a una extraña criatura, un ser que parecía de alambre, de aspecto mecánico, que antes se llamaba Calvin.

—Calvin era un nititiano, pues —observó Harley con voz ronca, consciente de una especie de sorpresa estúpida que le produjo su propia observación.

El hombre enjuto asintió con la cabeza.

—Las infiltraciones enemigas llegaron a constituir una verdadera amenaza —dijo—. En la Tierra, nada ni nadie estaba seguro. Estos seres pueden matar a un ser humano haciéndolo desaparecer y convirtiéndose en su réplica exacta. Esto complica mucho las cosas... De esta manera perdimos muchos secretos de Estado. Pero las naves nititianas están obligadas a aterrizar sobre este planeta

para desembarcar a los no-hombres y recogerlos una vez finalizada su misión. Éste es su talón de Aquiles.

»Interceptamos a una de estas naves y paralizamos uno por uno a sus tripulantes después que asumieron una forma humanoide. Entonces los sometimos a una amnesia artificial y los distribuimos en pequeños grupos en diferentes lugares, para someterlos a estudio. Tienes que saber, en efecto, que estás en el Instituto del Ejército para la Investigación de los No-Hombres. Hemos aprendido muchas cosas... casi lo suficiente para combatir la amenaza. Tu grupo, por supuesto, era uno de ésos.

Harley casi chilló:

—¿Por qué me pusieron ustedes con ellos?

El hombre enjuto hizo sonar una regla entre los dientes antes de responder.

—En cada grupo se requiere la presencia de un observador humano, además de todos los aparatos registradores y exploradores conectados con el exterior. Pues un nititiano consume mucha energía para mantener su forma humana. Una vez que ha asumido esa forma, la mantiene por autohipnosis, y ésta sólo es anulada en momentos de prueba y de tensión interior. La cantidad de tensión soportable puede variar de un individuo a otro. Nuestro observador humano puede darse cuenta de estas tensiones. Es un trabajo muy fatigoso; siempre utilizamos dobles que actúan en días alternos...

—Pero yo siempre he estado allí...

—El Ser Humano de tu grupo —le interrumpió su interlocutor— era Jagger, o dos hombres que se alternaban en el papel de Jagger. Esta noche sorprendiste a uno de ellos saliendo de la casa al concluir su turno.

—Esto no tiene pies ni cabeza —gritó Harley—. ¿Trata usted de decir que yo...?

Las palabras le faltaban. Ya no podía pronunciarlas. Sintió que su forma exterior se deshacía como arena, mientras desde el otro lado de la mesa varias pistolas lo encañonaban.

El hombre enjuto apartó su mirada del repugnante espectáculo antes de proseguir:

—Tu nivel de tensión es sorprendente. Muy notable, ciertamente. Pero todos ustedes terminan por cometer el mismo error. Como los insectos terrestres que imitan a determinados vegetales, poseen una astucia que se convierte en un arma de dos filos. No saben ser más que simples copias. Como Jagger se pasaba el día sin hacer nada, todos ustedes se limitaban a remedarlo instintivamente. No se aburrían... ni siquiera trataban de cortejar a Dapple... por cierto, una de las mujeres más bellas que he visto. Ni siquiera el modelo de astronave les produjo una reacción apreciable.

Alisándose el traje, se levantó ante el ser esquelético que se había ido a agazapar en un rincón.

—La inhumanidad que llevan dentro siempre los delatará —dijo con voz tranquila—, por muy humanos que puedan parecer exteriormente.

F I N

Título Original: Outside © 1955
Digitalización, Revisión y Edición Electrónica de Arácnido.